

Literatura y transformación de la sociedad en el debate intelectual brasileño: de los “modernistas” de 1870 a los modernistas de 1922

Luciana Murari*

Resumen

Este texto analiza rupturas y continuidades en el proceso intelectual brasileño entre 1870 y la década de 1930, buscando integrar el examen de la producción cultural del país a la comprensión de la dinámica política del periodo. Como cuestiones fundamentales para este estudio, se presentan el nacionalismo, la modernización socio-económica y la configuración de las estructuras de poder, en un momento en el que la ruptura con la tradición colonial del país y el imperativo de su sincronización con el capitalismo internacional dividían la intelectualidad en diferentes proyectos de reforma cultural, social y política, y diferentes concepciones acerca de la identidad nacional. A partir de esas líneas amplias, se pretende comprender el movimiento de las ideas en Brasil, en su compleja relación con los grandes dilemas de la modernidad y con una demanda de renovación de la producción artística.

Palabras clave

Intelectualidad, modernismo, literatura brasileña, nacionalismo.

Resumo

Este texto analisa rupturas e continuidades no processo intelectual brasileiro entre 1870 e a década de 1930, buscando integrar o exame da produção cultural do país à compreensão da dinâmica política do período. Como questões fundamentais para este estudo, apresentam-se o nacionalismo, a modernização sócio-econômica e a configuração das estruturas de poder, num momento em que a ruptura com a tradição colonial do país e o imperativo de sua sincronização com o capitalismo internacional dividiam a intelectualidade entre diferentes projetos de reforma cultural, social e política, e diferentes concepções acerca da identidade nacional. A partir destas linhas amplas, pretende-se compreender o movimento das idéias no Brasil, em sua complexa relação com os grandes dilemas da modernidade e com uma demanda de renovação da produção artística.

Palavras-chave

Intelectualidade, modernismo, literatura brasileira, nacionalismo.

* Doctora en Historia social (Universidad de São Paulo, 2002). Profesora del Centro de Ciencias Humanas y del Programa de Post graduación en Letras y Cultura Regional de la Universidad de Caxias do Sul.

A PARTIR DE 1870, LA SOCIEDAD BRASILEÑA experimentó profundas transformaciones en el sentido de la modernización institucional, y que conducirían, al fin, al derrocamiento del orden monárquico: fue el año del fin de la guerra de Paraguay, símbolo de la movilización de las fuerzas del Imperio, y de la fundación del Partido Republicano, primera señal de agremiación de las nuevas elites por la transformación del régimen de gobierno; fue el año del inicio del ministerio reformista del Barón de Río Branco, que, entre otros hechos, estableció las directrices del proceso de abolición gradual de la esclavitud; y fue también la referencia para la creación de la llamada “Escuela de Recife”, grupo de intelectuales reunido en torno a la influencia de Tobías Barreto, en la Facultad de Derecho de Recife y que, genéricamente, vendría a denominar una tradición intelectual conocida como la “generación de 1870.” (Carvalho, 1999, p. 83-85) Ésta representó, sin lugar a dudas, una inmensa transformación en la vida intelectual brasileña, a la medida que el padrón hasta entonces en vigor, apoyado en la tradición filosófica eclética, en los padrones de la escuela romántica y en la influencia del pensamiento católico y metafísico, es sustituido por el moderno conocimiento europeo, abriendo espacio para la difusión, en el país, de doctrinas progresistas, transformadoras, evolucionistas, lo que dinamizó la percepción de la realidad brasileña y proveyó a la intelectualidad nuevos instrumentos teóricos para su abordaje. (Carvalho, 1989, p. 303-308) Se inició, a partir de la acción de los intelectuales de la nueva generación, un largo proceso de revisión de la historia, de la cultura y de la formación del pueblo brasileño, apoyado en una visión de mundo racionalista y naturalista, que partía del principio de la similitud entre las leyes naturales y las leyes sociales, y de la posibilidad de identificar las dinámicas colectivas a partir de principios, conceptos, doctrinas y esquemas científicos basados en la asimilación analógica de la vida social a la naturaleza.

En ocasión de la Proclamación de la República, escribió Euclides da Cunha, uno de los más célebres herederos de esta tradición intelectual, que “la revolución ya estaba hecha”, pues ya se había concretado en el campo de la actualización del conocimiento: “Porque, en realidad, lo que hubo fue la transformación de una sociedad en que penetraba por la primera vez el impulso tonificante de la filosofía contemporánea.” (Cunha, 1946, p. 309; 308) Esta afirmación demuestra el poder transformador atribuido a las ideas y al presupuesto de su protagonismo en la conducción de los rumbos de la historia, noción que encaminaría a los letrados de la época a atribuirse una función mesiánica, comprometidos macizamente en las batallas de la abolición y/o de la República. Es bastante conocida, pero poco comprendida, la definición de José

Veríssimo, en su “Historia de la literatura brasileña”, publicada en 1916, que atribuye a la generación de 1870 el rótulo de “modernismo”. De hecho, al enumerar las escuelas científicas que llegaron al país en la onda científicista, el crítico evocaba el moderno conocimiento científico que representaba la emergencia, en el contexto brasileño, de una racionalidad iluminista, en la definición de Barros (1986). Es, sobre todo, el nuevo instrumental teórico – metodológico representado por la asimilación de las escuelas naturalistas de pensamiento –con destaque para los positivismos, el evolucionismo spencerista y el darwinismo, éste último también en su vertiente sociológica- abría espacio para la formación de una disposición entusiasta, renovadora y de autoconfianza entre la intelectualidad brasileña: “En el orden mental y, particularmente literaria, sus efectos se hicieron sentir en una mayor libertad espiritual y en un espíritu crítico más vivo. (Veríssimo, 1981, p. 234)

Se debe comprender, en este sentido, que la afirmación del paradigma intelectual de la generación de 1870 representó una ruptura con la visión de mundo estática y continuista asociada a los orígenes monárquicos lusitanos, estableciendo, por el contrario, una aguda percepción del proceso histórico y de las transformaciones estructurales de la realidad brasileña, sumada a la subversión de las nociones de tiempo y de distancia, relacionada a las nuevas tecnologías de transporte y de comunicación –lo que encendía el problema del lenguaje y de la posibilidad de representación de un mundo cada vez más fluido y más inseguro. De hecho, desde las últimas décadas del siglo XIX, se aceleran los intercambios culturales, económicos y productivos de Brasil con los países de la vanguardia capitalista, proceso que se radicaliza en conjunto con los grandes marcos de la transformación histórica en Brasil: la abolición de la esclavitud y la proclamación de la República, entre 1888 y 1889, habían abierto una fosa entre el Brasil del pasado y el Brasil del futuro. El presente era, por lo tanto, un momento de crisis, de prestación de cuentas, de toma de conciencia, de desafío para la construcción de un nuevo país, tenida como inevitable delante de la expansión capitalista, simultáneamente deseada y lamentada. Es también un momento de miedo de lo desconocido y de la nostalgia de las realidades que, incluso inmediatamente observables en la vida contemporánea, ahora eran traducción del pasado, sinónimo, alternativamente, de tradición y de decadencia. Esta percepción del cambio histórico y de un continuo movimiento de lo sensible fracturaba la representación de lo real, insuflando el sentimiento de pérdida de los referenciales temporales y espaciales que guiaban la percepción del mundo, lo que nos permite pensar la modernidad de un

contexto cultural simultáneamente progresista, romántico, naturalista, mistificador e idealista. Esta producción textual no es exclusiva del medio urbano –donde más inmediato era el contacto con la técnica, con los maquinismos, con la cultura europea y los nuevos modelos de comportamiento que todo esto inspiraba– pues, de forma aparentemente paradójica, la representación de los espacios salvajes y del mundo rural eran espacios privilegiados de creaciones insolubles entre la visión afectiva de la tradición y su repulsa instantánea. De hecho, no hay contradicción entre el instinto romántico de acumulación patrimonial de la tradición y el proyecto racionalista de modernización –pues, por el contrario, ambos participan de la creación de la cultura moderna, que convierte la vivencia de las comunidades dichas “pre modernas”, flujo continuo de recreación y circulación de las narrativas de la experiencia, en un depósito de datos simbólicos que serán incorporados a la cultura moderna, a la producción escrita y a la creación erudita de saber y de arte. (Murari, 2009) Es lo que la teórica francesa Anne-Marie Thiesse denomina “la modernización del pasado.” (Thiesse, 2009) En la cultura brasileña del final del siglo XIX, lo que más se observa es el tránsito, el diálogo y el oscurecimiento de la frontera entre la visión nostálgica y la visión transformadora de la realidad. Es lo que demuestra un artículo de Francisco Foot Hardman que puede ser tomado como referencia para las recientes revisiones de la producción intelectual dicha “pre modernista”: la historiografía, privilegiando la dimensión de la vanguardia artística como índice de modernidad cultural, oscureció el significado de este movimiento de ideas, manteniéndolo entre el olvido descuidado y la repetición de lo ya dicho, al someterlo al discurso “demoledor” del vanguardismo y presuponer un salto en lo oscuro que, evidentemente, oscurece las continuidades culturales en nombre de la absolutización del sentido de ruptura que, de hecho, es importante, pero no es único. (Hardman, 289-305)

Vale la pena, en esa perspectiva, reflexionar sobre el sentido del regionalismo en la producción literaria brasileña, ya que el género condensó, desde los últimos años del siglo XIX, las pretensiones nativistas de la producción literaria en Brasil, conformándose como tendencia de larga duración en la cultura del país. El regionalismo ha sido, en general, muy mal visto por la tradición historiográfica, inmediatamente asociado al conservadurismo de las elites devotadas a un culto romantizado, reconfortante y escapista de la tradición, en oposición a la mudanza social modernizadora. (Lajolo, 1998, p. 297-328) Sería también necesario sumar a todo esto la recurrencia de una visión irrisoria del hombre rural, simpes y desprovisto de

individualidad, por una literatura superficial, decorativa y/o bucólica. Se aparta, sobre todo, la percepción de las posibilidades de comunicación de esta literatura con la emergencia de la percepción de lo moderno. Algunas lecturas son recomendables para deshacer esta visión genérica, entre ellas “*Sertão*”, de Coelho Neto, de 1896, una de las obras fundadoras del género en su visión realista – naturalista, matriz no apenas de una tradición narrativa memorial asociada a la afirmación del paisaje como espacio por excelencia de la evocación del origen primordial del ser brasileño, como de una representación perturbadora y fantasmagórica del medio rural como espacio de resistencia de la barbarie, frente al deseo de modernidad que es parte constituyente de la cultura del Brasil post 1870. El paisaje agreste (sertão) orientalizado de Coelho Neto, en comunicación con las modas literarias del *fin-de-siècle*, fue criticado por su absoluta falta de color local, (Brito Broca, 1958) lo que argumentaba a favor de la necesidad de ampliación de las perspectivas críticas delante al género, tenido como exageradamente estrecho y simple: se da, de hecho, la creación de un símbolo que hizo historia en la literatura brasileña, el “sertão” [agreste] como espacio mítico – poético en que dimensiones varias y contradictorias se entrecruzan, y que es capaz de dispensar la especificidad geográfica a medida que se convierte en microcosmos de la condición humana – vía de acceso de lo local a lo que podríamos llamar universal-, en su tránsito continuo entre el humanismo y la barbarie.

Autores tan diferentes como Coelho Neto, Afonso Arinos y Cornelio Pires deben ser, así, reconocidos como fundadores de una corriente de largo aliento en la cultura brasileña, y, en ese sentido, es posible conectarlos a las más osada reelaboración del patrimonio cultural regionalista por la literatura brasileña, el “Grande sertão: veredas”, de Guimarães Rosa, que retoma la dimensión narrativa dirigida para la oralidad, el poder descriptivo calcado en el establecimiento de una conexión mimética de la sensibilidad humana como el mundo natural, la vena memorial fundada en la percepción de la profunda quiebra de continuidad temporal, representada por la modernidad, y la dimensión trascendente, que emergen de esta escritura, en su representación de los conflictos humanos en situaciones de colapso del orden establecido por la costumbre. (Rosa, 1986) Además de esto, en pro de las posibilidades complejas de acomodación del género a las cuestiones capitales de la vida pública de su época, es necesario observar el significado del regionalismo, desde los últimos años del siglo XIX, como expresión por excelencia de la plataforma nacionalista en la cultura brasileña. En un sentido más estricto, las potencialidades políticas del género deben ser

destacadas, por ejemplo, en un romance como “Ruinas vivas”, de Alcides Maya, publicado en 1910, expresión literaria de un discurso político en que nada tiene el menor tinte de conformismo y alienación –y que en realidad los denuncia-, aunque se pueda cuestionar, ciertamente, cuán lejos el autor estaría dispuesto a ir en su denuncia de las nulas perspectivas de desarrollo y de inserción del pueblo pobre del medio rural en decadencia, en fase del proceso de modernización productiva que derrumbaba las bases de la tradicional sociedad gauchesca, pero que hasta entonces se mostraba incapaz de incorporar estas poblaciones a la institucionalidad moderna. (Maya, 1910)

La visión regionalista asumió los propósitos nacionalistas y se confundió con ellos durante gran parte de la República Vieja, pero la sobreviviría por su propia capacidad mimética, por ser el género, generalmente tenido como un discurso repetitivo, el depositario contradictorio de una multiplicidad de vertientes, de la memorial hasta la denuncia social, pasando por la reflexión sobre la modernización productiva, la narración de las prácticas cotidianas, el acento etnográfico, la descripción paisajística y la visión nostálgica. Existen, ciertamente, diversos puntos de contacto entre esta generación “modernista”, inspirada por los naturalismos del fin del siglo XIX y la generación modernista propiamente dicha, o sea, el modernismo paulista de 1922: ambas se caracterizaban por un notable espíritu crítico frente a los problemas de la contemporaneidad, al mismo tiempo en que representaban el combate a los íconos de la producción cultural del país, la actualización y la sincronización con las tendencias europeas, el interés y el desarrollo profundizado de los estudios brasileños, la percepción de las transformaciones de lo sensible por la imposición de nuevos modos de vida, la perspectiva nacionalista –defensiva y/o cultural- y la apología de reformas sociales y políticas. En común tienen, también, el hecho de tratarse de movimientos culturales primordialmente eruditos, el primero por su apelo al lenguaje científico, el segundo por demandar un público de amplia información cultural. (Martins, 1978)

De hecho, la historiografía brasileña reconoce que el periodo entre 1870 y 1914 podría ser visto como el de la creación de las bases intelectuales, políticas e institucionales para la modernización conservadora de los años 1930, pues la generación de 1870, al buscar comprender la nacionalidad y modelarla a partir del saber científico, asumió un tono autoritario, en su defensa del poder mesiánico de la elite letrada, capaz de dictar los rumbos del proceso de transformación social frente a una sociedad fragmentaria, inconsciente, inculta y retrógrada, al mismo tiempo en que demostraba, desde ya, una capacidad de percepción de lo moderno y de su impacto sobre la

experiencia cotidiana. Tema privilegiado en los debates sobre la nacionalidad era el reconocimiento de la identidad mestiza del país, aunque a partir de un punto de vista jerárquico que afirmaba la superioridad del blanco e invertía en la perspectiva de transformación del perfil étnico de la población, como forma de garantía de progreso, frente a la amenaza representada por las poblaciones no- blancas, tenidas como potenciales complicaciones para la implantación de una moderna civilización capitalista en el país. (Murari, 2007, c. 3) Ser moderno era, para la generación de 1870, buscar describir la identidad nacional a partir del uso del referencial teórico provisto por la ciencia europea, en sus diversas corrientes naturalistas. Algunos aspectos del nacionalismo de la generación de 1870 tienen una clara continuidad en el modernismo paulista, como, por ejemplo, los estudios sociológicos de Silvio Romero sobre el folclore y el cancionero popular, en busca de la relación entre la cultura letrada y la no-letrada, preanuncio de lo que, posteriormente, sería realizado por Mario de Andrade, en el sentido de la recopilación del patrimonio cultural popular, en perspectiva analítica. (Velloso, 2003) En este sentido, la figura de Graça Aranha, elemento de comunicación entre la Escuela de Recife y el modernismo paulista debe ser destacada, ya que algunos fundamentos filosóficos de sus obras “Canaán”, “La estética de la vida” y “El espíritu moderno” fueron efectivamente incorporados a la visión modernista sobre la identidad nacional brasileña y sobre su representación cultural, sobre todo en lo que dice al respecto de la formación de una visión intuitiva en que la vía de acceso a la universalidad es identificada como el nacionalismo. (Paes, 1992, Moraes, 1978)

Aunque la inquietud nacionalista no haya sido significativa entre los intelectuales del núcleo modernista de San Pablo en el periodo anterior a 1924, el nacionalismo formaba parte del “espíritu del tiempo”, absorbido por las fórmulas regionalistas. (Martins, 1978, p. 35-45) Se puede hasta decir que el primer tiempo del modernismo fue un interregno cosmopolita en un periodo marcada por la ansiedad patriótica, que apuntaba hacia demandas reformistas generalizadas. Este espíritu se aguza a partir de 1914, relacionado a la guerra europea y a las preocupaciones en relación a la defensa nacional, pero el regionalismo ya era entonces una estética difusa y el más consagrado medio de expresión de lo brasileño. En este año surge uno de los mayores símbolos de la literatura brasileña, el personaje Jeca Tatu, de Monteiro Lobato, simultáneamente una crítica al nacionalismo triunfalista de la fórmula regionalista en sus manifestaciones más ingenuas y un manifiesto nacionalista, al predicar el re-dirigir las atenciones de los letrados brasileños hacia los problemas fundamentales del país, en

el caso la desforestación, la miseria de las poblaciones rurales y la precariedad de las técnicas agrícolas. Al denunciar el “caboclismo” como reedición de la fórmula indianista, Lobato ataca un cierto regionalismo idealizador y un cierto entusiasmo pueril por el elogio del origen sertanejo [pueblerino, agreste], que demostraba la diseminación del género y su incorporación a visiones auto-congratulatorias entorno del origen sertanejo [pueblerino, agreste]. (Lobato, 1982a, b) Difícilmente podríamos considerarlos triunfalistas, sin embargo, los cuentos de “Por el sertão”, de la muy influyente colección de Afonso Arinos, o las historias terroríficas, patéticas y melodramáticas de Coelho Neto, tal vez, el más estimado autor regionalista de su tiempo –objeto de las reverencias de Simões Lopes Neto, Alcides Maia y Roque Callage, por ejemplo, para quedarnos en el caso del regionalismo gaúcho. La crítica de Monteiro Lobato al regionalismo debe ser mejor entendida, ya que su propia producción literaria es de cuño regionalista y remite a la influencia de escritores como Cornelio Pires y Valdomiro Silveira. O sea, su crítica al género no es, ni podría ser, generalizada, ya que la mistificación, la visión pastoral o triunfalista en dirección al “ancestral” caboclo no es una constante en el género en su fase realista-naturalista, dedica sobre todo a la representación de las relaciones antagónicas entre el hombre y el ambiente en el medio rural. (Murari, 2009, c. 2)

La historiografía tradicional del regionalismo tiende a disminuir su importancia como vehículo de una concepción nacionalista de la cultura, por asimilar el regionalismo exclusivamente a una visión superficial, bucólica, pintoresca y burlona del mundo rural, para el consumo de las elites internacionalizadas, que serían en realidad alienadas y desinteresadas en la realidad brasileña. Así, fue legado a intelectuales como Euclides da Cunha, Monteiro Lobato y Graça Aranha el rótulo de profetas del modernismo, como si todo lo demás en su época fuese “literatura de salón”. Si desde el fin del siglo XIX, el regionalismo incorporaba la intuición nativista en la cultura brasileña, el periodo post 1914 asiste a un refuerzo del nacionalismo, bandera común que una diferentes generaciones en torno de un ideario político defensivo y difuso compartido por militares como por civiles, y que se concretizaba en la campana por el servicio militar obligatorio. (Brito Broca, 1991, p. 347-349) En el contexto de la decadencia de la República Vieja, la denuncia de sus desvíos y de su corrupción enciende el espíritu reformista. La guerra trajo el sentimiento del fin de una era, y con él la percepción de que cambios serían necesarios, y todos ellos pasaban por el nacionalismo. (Carone, 1972) En 1915, la Sociedad de Cultura Artística promovería, en

el Teatro Municipal de San Pablo, como conmemoración a la conferencia “Leyendas y tradiciones brasileñas”, de Afonso Arinos, espectáculos de danza y música pastoril, con la participación de los más ilustres miembros de la elite paulista, muchos de ellos futuros patrocinadores y entusiastas del movimiento modernista de 1922. El tradicionalismo de este evento demostraría ya los rumbos que futuramente serían adoptados por los modernistas, bastante inclinados al culto de las tradiciones nacionales, como se puede percibir, ejemplarmente, por la famosa caravana de Ouro Preto [Oro Negro]. (Martins, 1978, Sevchenko, 1992) Ya existía, por lo tanto, en la sociedad paulista, una abertura para lo que más tarde sería realizado por el nacionalismo modernista, que, a veces, asumía el bias tradicionalista.

Posteriormente, en este mismo espíritu, en 1916, es fundada por Olavo Bilac, Pedro Lessa y Miguel Calmon la Liga de Defensa Nacional, en Río de Janeiro; en la misma ciudad, estudiantes de las escuelas superiores crearon la “Colmena”, sociedad de propaganda del nacionalismo promotora de conferencias sobre Brasil, las primeras son de Roquette Pinto, Medeiros y Albuquerque y Olavo Bilac. En 1917, es fundada la Liga Nacionalista, en defensa de la soberanía nacional, de la unidad, del voto secreto y de la formación militar. Esta Liga se muestra capaz de movilizar a grupos urbanos y de darle un componente ideológico al escenario político, al mismo tiempo en que limita las revoluciones operarias, en su defensa cívica del orden y contra la anarquía social, en pro de una ética nacionalista incorporada a la educación de la juventud. Lo más común en este periodo era la perspectiva de la “salvación nacional”, una regeneración genérica de las costumbres políticas que no cuestionaba a las instituciones, que se creía mal comprendidas, pero el rumbo que tomaron, lo que ya demuestra el espíritu de los movimientos de la década de 1920 en torno al “tenientismo”. Esta perspectiva de redención nacional es nítida en los textos de “Problema vital”, de Monteiro Lobato, en los que fatalismo de la supuesta condición de inferioridad racial de Jeca Tatu es sustituido por el discurso movilizador y de salvación, dirigido a la recuperación de las poblaciones rurales, enfermas y, por lo tanto, curables, por las manos del poder público representado por la medicina sanitarista. (Lobato, 1946) De hecho, esta inquietud política en torno del ideario nacionalista se suma al cambio del paradigma literario, ya que, desde la segunda mitad de la década de 1910, era ampliamente reconocida la falencia del Parnasianismo y del Simbolismo, y la necesidad de un nuevo arte, dado el escapismo y lo artificial de las fórmulas poéticas identificadas con estas escuelas. (Martins, 1969)

También en la historiografía, en el ensayismo, en la biografía, los estudios de temas brasileños se intensifican. Las revoluciones “tenientistas” de 1922 y 1924 abalaron a la Primera República, abriendo una línea cuestionadora dirigida a la reforma institucional y a la crítica de las costumbres políticas. En este contexto, se intensifican las publicaciones relacionadas a temas brasileños, no apenas en la literatura. Las perspectivas de salvación que fundamentaron los movimientos políticos de los años 1920 eran basadas por los ideólogos de alta circulación entre la población letrada. El primero era Alberto Torres, que publicó sus principales obras en 1914, y que abrió los caminos para la defensa de la centralización del poder y de la adopción de un amplio programa de revisión de las instituciones políticas, en torno a un proyecto de defensa de la célebre “vocación agrícola” del país, o sea, una concepción de que Brasil, por sus condiciones antro-po-geográficas, estaría destinado a devotarse al sector primario, en el contexto de la división internacional del trabajo. Además de esto, se defendía la resistencia a los cambios tecnológicos relacionados a la expansión mundial del capitalismo, aunque fundamentado en la adopción de técnicas científicas de producción agropecuaria adecuadas a las condiciones del medio brasileño. Su programa era, por lo tanto, simultáneamente anti-modernizador y tecnológico, pero, sobre todo, apologista de un nacionalismo extremo y defensivo que influenció las generaciones siguientes, tanto en sus corrientes políticas de izquierda como de derecha. Se radicalizaba la perspectiva anti-cosmopolita, delante de la ampliación de la influencia del capital extranjero en el país. El segundo doctrinador de la reforma institucional brasileña, Oliveira Viana, fue también un defensor de la formación de un Estado fuerte que sometiera los poderes locales a la acción disciplinante y regeneradora de una política antiliberal, contraria a la democracia electoral a favor de la afirmación de la autoridad centralizada. Oliveira Viana, aunque nostálgico del medio rural, puede, sin dudas, ser considerado un doctrinador de la “modernización autoritaria” que Brasil pasaría a experimentar en el periodo *varguista* (periodo bajo el comando de Getulio Vargas), siendo uno de los principales ideólogos del régimen y uno de los artífices de su aparato legal e institucional de cuño autoritario, corporativo y tutor. (Torres, 1978, 1982, Vianna, 1952)

Ciertamente, la vida moderna tiene una profunda afinidad con el medio urbano y la civilización industrial, pero la República, fuertemente asentada en el poder de las oligarquías agrarias, mantuvo su apego a las raíces rurales, claras en el lugar común de la “vocación agrícola”. De la misma forma como el pensamiento de Oliveira Viana, dirigido hacia la psicología de las colectividades, era la formulación sociológica del

universo mental regionalista, en su descripción de la formación brasileña a partir de los núcleos poblacionales del interior, el regionalismo era la expresión literaria del énfasis en el medio rural por la clase política, lo que una vez más demuestra la necesidad de comprender las manifestaciones culturales del periodo en consonancia con la dinámica política de su época. Tanto Alberto Torres como Oliveira Viana nutrían la nostalgia del tradicional Brasil agrario y provinciano, el primero defendiendo su recuperación y el segundo consciente de la inexorabilidad de la modernización. El culto de las tradiciones brasileñas en la obra de Oliveira Viana tiene una de sus principales manifestaciones en el artículo “Minas de lume e do pão” [Minas de lumbre y de pan], en que el jurista demuestra su efecto por las costumbres rurales características del Brasil colonial, desde su punto de vista extintos después de la abolición de la esclavitud, que habría destruidos las acostumbradas formas de organización social, familiar y productiva en el campo. Este texto puede ser leído como un discurso regionalista por excelencia, en su “culto de la nostalgia”, dirigido a lo que sería el Brasil originario, auténtico, propiamente característico de la fundación de la identidad nacional. (Vianna, 1920) De hecho, Viana y Torres preanunciaban el espíritu reformista y la demanda política por los gobiernos fuertes, ideas generalizadas en los años 1920, también en el ámbito internacional, en un periodo de crisis del liberalismo doctrinario.

En el contexto de la vida cultura brasileña, las relaciones entre el modernismo paulista y el regionalismo, son, sin embargo, complejas y conflictivas. En el inicio de la década de 1920, enfocando, sobre todo, a la ciudad cosmopolita, el modernismo paulista condena el pasado romántico, realista, parnasiano y algunas de sus representaciones lanzan fuego contra el regionalismo literario en moda; según ellos, contrario al progresismo de San Pablo. El campesino es sinónimo de atraso y oscurantismo, siendo el regionalismo una forma de culto a la tradición que no se adecuada al espíritu avanzado de los paulistas. En su ataque al regionalismo, Cândido Mota Filho criticaba a Jeca Tatu; según él, fruto de un falso realismo inspirado por la herencia francesa y portuguesa. Decía, además, que no había sentido nacionalista en su búsqueda de retratar lo brasileño a partir de los tipos enfermos del interior. Se tiene ahí un ejemplo de cómo la figura de Jeca Tatu, cuestionamiento de la tradición literaria que conducía a la idealización de la situación brasileña, fue, muchas veces, mal comprendida y tomada por lo contrario de lo que realmente significaba en términos de crítica cultural, símbolo de la marginalización de Monteiro Lobato por el núcleo modernista, a pesar de los significativos puntos de confluencia entre ambos o, tal vez, justamente por causa de

ellos. (Landers, 1988) Menotti del Picchia – a pesar de Haber escrito Juca Mulato dentro de la tradición del regionalismo, y en su inflexión más conformista-, también se dice contrario a ella, definiéndola como un sentimentalismo dirigido a una raza que, para él, estaba todavía en transformación, en el sentido de convertirse en un pueblo fuerte con la inclusión de nuevos elementos y la pujanza de la sociedad industrial. (Brito, 1978). El rechazo al regionalismo por los modernistas puede ser asociada también al hecho de que la figura de Monteiro Lobato era distintiva en la sociedad paulista del inicio de los años 1920, reuniendo a su alrededor una nueva generación de intelectuales identificados con el género. (Martins, 1969, p. 64) Además de esto, el pesimismo de la generación realista – naturalista, en su pretensión de producir un retrato fiel del medio social brasileño, estaba en choque con la visión exageradamente ufana que los entusiastas del progreso paulista se esforzaban por expresar, en un momento en el que San Pablo asumía el liderazgo en la vida cultural brasileña, papel que el grupo modernista trabajó para consolidar.

Los fenómenos observados en la política, en la cultura y en la sociedad deben, por lo tanto, ser comprendidos como aspectos de un proceso amplio de cuestionamiento de la dinámica brasileña en el primer periodo republicano, frente al control estricto ejercido por las oligarquías dominantes, a la generalización del fraude y de la violencia política, que daban garantía del continuismo, al agravamiento de la llamada “cuestión social”, al fortalecimiento de las camadas medias y a la inestabilidad inherente a los arreglos políticos en vigor. Todo esto contribuyó para fortalecer la mística del modernismo paulista como síntesis de los impulsos de actualización social, entonces candentes en la vida brasileña. En las palabras de Getulio Vargas, “las fuerzas colectivas que provocaron el movimiento revolucionario del Modernismo en la literatura brasileña, que se inició con la Semana de Arte moderno, en 1922, en San Pablo, fueron las mismas que precipitaron, en el campo social y político, la revolución de 1930” (apud Brito, 1997, p. 22-23) Curiosamente, sin embargo, la más entusiasta manifestación a favor del espíritu revolucionario de los jóvenes militares que participaron de la primera gran aventura “de tenientes”, la revolución de los 18 del fuerte de Copacabana, vino del anti-modernista por excelencia Coelho Neto, figura emblemática de lo que se acordó tomar como la generalizada actitud de alienación de las elites culturales extranjerizadas en relación a la realidad nacional. Prócer del regionalismo – aunque este papel haya sido en general minimizado por la crítica y por la historiografía literaria- este escritor, que hacía –también, a veces- de político

conservador, no se negó a escribir un ardiente elogio a los rebeldes, a pesar de la censura a la prensa que impidió que el texto fuese publicado en su acostumbrado periódico, el “Jornal do Brasil” [Periódico de Brasil]. La crónica “La aventura radiante” acabo siendo divulgada por el diario “La Nación”, dirigido por Leónidas de Resende y Pedro Motta Lima, comprometido con la doctrina reformista. (Oliveira, 1985, p. VI-VII) Mientras esto, algunos de los más prominentes modernistas mantenían sus relaciones con el Partido Republicano Paulista: Menotti del Picchia era redactor del “Correio Paulistano” [Correo Paulista], órgano oficial del Partido, mientras que Oswald de Andrade, próximo a la elite dirigente, escribía un poema de saludo a la victoria de Julio Prestes en las elecciones que lo opusieron a Getulio Vargas, y cuyo complejo desarrollo condujo a la Revolución de 1930. (Brito, 1997, Oliveira, 1985, VII)

A partir de 1924, sobre todo, el modernismo paulista, hasta entonces concentrado en la renovación de los procedimientos del lenguaje por medio de la sincronización de la cultura brasileña con las vanguardias europeas, asume de forma definitiva la plataforma nacionalista, pasando a traducir artísticamente la inquietud política de su tiempo. Esto no significa que el modernismo haya pasado a convergir con la tendencia regionalista, por el contrario, ya que se hacía menester al movimiento paulista imponer su propia concepción de cultura nacional, lo que dependía de la deslegitimación del proyecto nacionalista de las generaciones anteriores y de la condenación de su supuesta alienación en relación a las cuestiones nacionales, idea que acabó por ser asimilada por la propia historiografía de la literatura brasileña. Paralelamente, las contradicciones de la conciencia modernista y sus profundas fragmentaciones políticas internas vendrían a la luz, en este año y en los siguientes. En 1924, es publicado el “Manifiesto de la poesía palo Brasil, en el que Oswald de Andrade inclinaba el movimiento de 1922 para la izquierda, al defender el culto de la tradición popular del país frente a la índole “de bachilleres” de las elites intelectuales, al mismo tiempo reforzando la visión generalista, propiamente nacionalista, de los elementos culturales del país: “El carnaval en Río de Janeiro es el acontecimiento religioso de la raza”, reafirmando “la formación étnica rica” que la generación de 1870 había ya establecido como el cerne de la identidad brasileña, lo que demostraba el juego pendular entre ruptura y continuidad en el nacionalismo modernista. No es por casualidad que Oswald de Andrade destaca, en el manifiesto, la figura de Rui Barbosa, como símbolo del “lado doctor” que representaba la “fatalidad del primer blanco aportado y dominando políticamente las selvas salvajes.” (Andrade, 1972) Rui Barbosa puede, sin

duda, ser tomado no apenas como emblema del legado intelectual de la generación que precediera la onda modernista, como uno de los principales artífices del padrón lingüístico establecido por ella, padrón retórico, preciosista, consumido entre las filigranas del bien decir erudito. Por otro lado, Rui Barbosa había sido, también, uno de los responsables por la repercusión significativa de la obra de Monteiro Lobato, elogiado durante la campaña de Barbosa a la presidencia de la República, en 1919, por su crítica a las prácticas políticas corruptas del régimen, a la precariedad de las condiciones de vida del trabajador y por la influencia perjudicial y destructiva de los líderes políticos locales. (Barbosa, 1919)

La radicalización de los rumbos del movimiento modernista en relación a los grupos hasta entonces hegemónicos entre la intelectualidad brasileña puede ser simbolizada por la conferencia “El espíritu moderno”, de Graça Aranha, pronunciada en la Academia Brasileña de Letras en el mismo año 1924, movida por la idea – fuerza de que lo nacional era la vía de acceso a la universalidad artística, argumento que propiciaba la convergencia de la propuesta nacionalista con las demandas de representatividad de la cultura del país en el ámbito internacional: “El regionalismo puede ser un material literario, pero no el fin de una literatura nacional aspirando a lo universal. El estilo clásico obedece a una disciplina que sobrevuela sobre las cosas y no las posee. Así, todo aquello en que el Universo se fragmenta ES nuestro, son los mil aspectos del Todo, que el arte tiene que recomponer para darles la unidad absoluta. Una vibración íntima e intensa anima al artista en este mundo paradójico que es el Universo brasileño (...).” (Aranha, 1969) Evento tomado como marco de la decisiva ruptura del modernismo con el academicismo, la conferencia de Graça Aranha contribuyó, con su simbolismo, para la exacerbación de la perspectiva historiográfica que tendió a exagerar la incomunicabilidad entre la pretensamente alienada generación parnasiano – simbolista y la iconoclasta generación modernista.

Mientras el modernismo acentuaba su discurso nacionalista, el “régimen de los tenientes” también se radicalizaba y se dividía en grupos antagónicos, lo que hacía clara la precariedad del equilibrio político alcanzado durante la Primera República, implantando una especie de conciencia generalizada de la necesidad de la transformación social. Aunque no hubiera claridad al respecto de los mecanismos de ruptura y del rumbo que iba a ser asumido, el peso creciente de las fuerzas urbanas y la insatisfacción de los sectores no – hegemónicos, pero prominentes, de las oligarquías estatales, hacían creciente la percepción del colapso inminente del régimen, lo que se

hacia acompañar por una acentuación de la postura nacionalista del movimiento y, simultáneamente, de rupturas más expresivas en el interior de la plataforma cultural modernista. El año 1924 sería aún marcado por el impacto de la Revolución del 05 de julio, de Miguel Costa e Isidoro Días López, potencializado por la expansión del fascismo y del comunismo y por las luchas operarias. De hecho, no hay cómo divorciar la redirección de los rumbos del modernismo en el sentido de un programa explícitamente nacionalista, que no escondía su vena autoritaria, de esta creciente inquietud social. (Carone, 1970, p. 396) En 1925, el “verde-amarillismo” asume preocupación política explícita, pues Plinio Salgado, Cândido Mota Filho, Menotti del Picchia, Cassiano Ricardo, con el apoyo del Partido Republicano Paulista, pasan a defender explícitamente el fortalecimiento del poder, el nacionalismo radical, la defensa de la síntesis y la conjunción arte – economía – sociedad, causando intensa polémica. Significativa de esta corriente “a la derecha” del modernismo es la adopción de una postura defensiva en relación a la influencia del extranjero y del inmigrante, el elogio irrestricto al origen lusitano de la sociedad brasileña, la postura triunfalista traducida en un elogio irrestricto de las virtudes nacionales, en oposición a la vena más crítica dirigida a la denuncia de los males sociales brasileños. Simétricamente opuesta al grupo de Oswald de Andrade, y dividiendo con él su abordaje sintético e intuitivo de lo brasileño, esta vertiente del modernismo no debe, sin embargo, ser tratada como un desvío patológico en su trayectoria, sino como una de las derivaciones posibles de la concepción filosófica del nacionalismo estético expresada por Graça Aranha, como demostró Eduardo Jardim de Moraes. (1978) En 1927, por su parte, el “verde – amarillismo” se transforma en el grupo de la Anta, dejando clara su propuesta política de cuño autoritario. Otros grupos, sin embargo, se harán escuchar: en 1926, ocurrirá en la ciudad de Recife, el Congreso brasileño de regionalismo, que no poseía, sin embargo, una plataforma específicamente artística, centrándose en el culto al folclore y a las tradiciones populares, asumiendo un carácter nítidamente tradicionalista y un bias aristocrático. (D’Andrea, 1992) En un periodo de dinamización, actualización e inminente internacionalización de los paradigmas culturales, sumadas a la decadencia de la oligarquía pernambucana, el elogio a la pureza de la tradición luso – brasileña desarrollada en la civilización del azúcar, bajo la influencia de la esclavitud negra, representaba un desafío dirigido a la defensa de la hegemonía cultural de Pernambuco, en el ámbito regional y nacional.

Posteriormente, en 1928, el grupo “Palo Brasil” pasa a la *Antropofagia* y la propuesta se disemina por el país. (Moraes, 1978, Martins, 1969) Mario de Andrade publica “Macunaíma”, su “héroe sin carácter”, que parecía reflejar la inquietud de Silvio Romero en su “Historia de la literatura brasileña”: ambos autores ya inician su búsqueda de la identidad nacional por la conclusión de que ésta no existía, sobre todo, en función de la multiplicidad anárquica de elementos étnicos discrepantes en proceso de fusión, en una sociedad heterogénea en la que la adopción de la institucionalidad moderna no representaba su efectiva absorción, ni conducía a un efectivo compromiso con un cambio social. En este mismo año, Mario de Andrade explicita su rechazo al regionalismo; según él, contrario al espíritu de nacionalidad, por corromperlo, y por delimitar un espacio exageradamente reducido para la expresión de lo brasileño, como lo expresó en un artículo publicado en el Diario Nacional, de San Pablo, el 14 de febrero de 1928: “Regionalismo éste no sirve de nada ni para la conciencia de la nacionalidad. Antes la mancha y la depaupera, estrechando de más el campo de manifestación y, por esto, la realidad. El regionalismo es una plaga antinacional. Es una plaga tan grande como imitar música italiana o ser influido por el estilo portugués.” (apud Leite, 1994, p. 669) Esta negación del regionalismo da la exacta noción del sentido aglutinador que pasa a ser atribuido a la cultura nativista, lo que explica la negación de la fórmula centrada en la descripción del “color local” y de los aspectos pintorescos de las comunidades tradicionales en decadencia, con énfasis en su diferencia, traducción de la riqueza brasileña por la variedad de sus aspectos. Mario de Andrade traía un abordaje diferente de la cultura nacionalista, no apenas con relación a la generación anterior, sino también en relación a sus pares, al retomar el abordaje analítico del patrimonio brasileño, sin rechazar la perspectiva científico, la investigación sistemática y el trabajo metódico de recolección de las manifestaciones culturales populares.

Podemos, a título de especulación, atribuir a esta plataforma cultural nacionalista, en sus diversas vertientes, un nítido sentido político. Ciertamente no es coincidencia que el periodo de auge del federalismo en Brasil, la República Vieja, haya correspondido, en el plano literario, también al auge de lo que sería el federalismo literario, o sea: el regionalismo. Ciertamente, el aguzamiento de la noción de autonomía de los estados favorecía la intersección de los referentes de identidad asociados a la región con el instinto nativista que brotaba del propio sentimiento de pérdida asociado a la percepción de las transformaciones sociales características del

proceso de modernización. La década de 1920 asiste a una desmoralización de las formas de la democracia hasta ese momento en boga, con la defensa del fortalecimiento de la autoridad y de la centralización del poder, lo que era una tendencia no apenas asociada a la política de derecha, sino también un aspecto del programa de las izquierdas. Podemos imaginar que el intenso cuestionamiento del régimen oligárquico al fin de aquella década, así como el descrédito creciente de las fórmulas liberales, haya contribuido para la formación de una visión unitarista y centralizadora de la cultura nacional que, de hecho, será enérgicamente emprendida por el gobierno de Getulio Vargas. A partir de ahí, es posible comprender la correspondencia entre el simbolismo de la ceremonia de la quema de las banderas de los Estados, en ocasión de la implantación del Estado Nuevo, en 1937, y el sentido nacionalizador de las acciones culturales y educativas patrocinadas por el estado *varguista*, que implantó las directivas de la difusión de una idea de lo brasileño con el lastre del culto a la tradición y a la homogenización de los referentes simbólicos de la identidad brasileña. Exponentes importantes del modernismo participaron de este proceso. (Pécaut, 1990, c. 1)

En el caso de Río Grande do Sul, es en este contexto de debate nacionalista, de cuestionamiento del paradigma regionalista y de intensa perturbación del escenario político de la República Vieja que el modernismo pasa a formar parte del debate cultural. El modelo literario regionalista no perdió su fuerza, y acabó por ser incorporado por los modernistas del Estado, en la forma de lo que sería un “regionalismo renovado”. Aunque las líneas de esta renovación no sean muy claras, es cierto que los jóvenes intelectuales gauchos simpáticos al modernismo tengan contacto con las novedades literarias de Brasil y del mundo, y que vieron en el nacionalismo modernista una forma de legitimación de la tendencia al nativismo literario ya bien establecida en la vida cultural del Estado, de aquí en más, como sabemos, bajo el signo de Simões Lopes Neto, aunque la influencia del modernismo paulista en Río Grande do Sul sea objeto de discusión. (Leite, 1972, p. 221-291) Además de esto, en el período siguiente a la Revolución Asistista de 1923, la ruptura de los canales de control político y de la red de compromisos que alimentaba las fracciones que sustentaban el poder de Borges de Medeiros permite el crecimiento de las vertientes opositoras. (Antonacci, 1981) Se abren, por lo tanto, perspectivas inéditas en un sistema hasta entonces marcado por la marginalización de las oposiciones y por la violencia de los conflictos políticos, lo que refuerza el regionalismo y acaba por dar una vía de escape a representaciones más entusiastas y más movilizadoras del espíritu gauchesco,

claramente contaminadas por una plataforma triunfalista y combativa, así como por el espíritu renovador y anti-academicista del modernismo.

Es lo que se observa en la célebre polémica entre Moysés Vellinho (bajo el seudónimo Paulo Arinos) y Rubens de Barcellos, acerca de la obra de Alcides Maya, en las páginas del diario “Correio do Povo” [Correo del Pueblo], entre agosto de 1925 y septiembre de 1926. El primero defiende la superación del modelo *alcidiano*, altamente influenciado por el padrón retórico establecido por Coelho Neto y Rui Barbosa, pero su argumentación acaba por adquirir un sentido paradójico: al mismo tiempo en que defiende la renovación de la producción literaria del estado, y la superación de los signos de la decadencia impresos en la obra de Maya, en su descripción del impacto de las transformaciones sociales en la región de la Campaña gaucha, el crítico vehicula una lectura conservadora de las potencialidades del género, que debería retomar su tono más plétórico y propagandístico. Al contrario del sentido político denunciador y crítico impreso por Maya a través de su observación realista del tradicional universo gauchesco, de acuerdo con la tesis defendida por Meyer, que lo toma como precursor del “romance social” (1960, p. 113-141), se tiene en el caso de Vellinho una explícita defensa de la instrumentalización ideológica del género, que asumiría un papel fundamental en la movilización de las fuerzas culturales del estado en pro de una renovación política que, en la concepción del crítico, partiría del propio Partido Republicano Riograndense, de allí en adelante, bajo el liderazgo de los nuevos exponentes relacionados a la dicha “generación de 1907”, término acuñado por Joseph Love para definir el entonces emergente grupo de jóvenes políticos del Partido. (Love, 1975, c. 10) La señal más clara de esto es que, mientras la obra de Maya insistía en la defensa de una ruptura definitiva entre presente y pasado, representada por el advenimiento de la modernidad productiva e institucional, Vellinho se esfuerza por afirmar la incondicional continuidad del presente con el pasado, o sea, la posibilidad de inmediata comunicación del heroico pasado de Río Grande do Sul con la contemporaneidad: “No sabemos distinguir el presente del pasado. Por la identidad de su ánimo y de su carácter, ambos se funden en un mismo tiempo. (...) Cuando es tiempo, cuando le hieren el amor propio, él [el gaucho] destruye los alambrados y restablece los primitivos latifundios, reconstruyendo, en un instante de locura y de heroísmo, el escenario de las antiguas batallas. Nada de desalientos. La capacidad heroica del gaucho es siempre la misma.” (Vellinho, 1979, p. 85-87)

La historia de la renovación literaria en Río Grande do Sul y en Brasil pasaría, sin embargo, en la década de 1930, por la retomada de la tradición regionalista, de ahora en más en una nueva inflexión. Ya en 1928, “A Bagaceira” [El aguardiente], de José Américo de Almeida, imprimía nuevos significados al género, que asumía la vanguardia de las inquietudes sociales manifestadas ya en la década anterior. Nacionalismo y regionalismo convergían, nuevamente. En el caso sur riograndense, en medio a una copiosa vertiente gauchesca de cuño encomiástico, esta nueva línea regionalista – realista se exprime, sobre todo, a partir de 1937, con la publicación de “Sin rumbo”, de Cyro Martins, primer volumen de la célebre trilogía del gaucho a pie. En texto fechado en 1944, y posteriormente incluido en la introducción a este romance, Martin hace una especie de prestación de cuentas con el regionalismo gaucho, ofreciendo tributo a la tradición literaria y restableciendo la perspectiva genética de la historiografía del género, a través de un análisis lúcido de las modificaciones históricas experimentadas en el medio social del Estado, del impacto del modernismo sobre su intelectualidad, de las posibilidades estéticas y analíticas del regionalismo; aunque, él mismo, prefiriese denominar su obra como “localista”. (Martins, 1997)

Al final, esta mirada retrospectiva nos permite reflexionar sobre el largo y tortuoso recorrido durante el cual la percepción de la modernidad y las demandas de actualización de la vida intelectual del país y de su sincronización con los avances del capitalismo avanzado pasaron a galvanizar las mentes cultas del país, sobre a partir de la década de 1870. La expresión de las demandas modernizantes y las inquietudes relacionadas con la inserción de Brasil en el universo cosmopolita de la modernidad industrial dieron origen a expresiones de las más diversas, de las cuales el nacionalismo y el regionalismo fueron lenguajes privilegiados, por parte de hombres cultos que, bajo el signo de la actualización de las matrices hermenéuticas de la producción intelectual, y, por lo tanto, de la adopción de los paradigmas europeos y norteamericanos, buscaron definir y crear los símbolos de la idiosincrasia brasileña. Las polémicas y contradicciones en que se involucraron los hombres de letras no fueron pocas; y son ellas mismas señales de la compleja acomodación entre los impulsos contradictorios de la permanencia y de la transformación en un país de origen colonial, todavía prestando cuentas con un pasado que era, simultáneamente, el sello de su identidad.

Traducción al español:
Prof. Dr. Milton Hernán Bentancor

Referências

- ANDRADE, Oswald de. *Manifesto da poesia Pau-brasil*. In: TELES, Gilberto de Mendonça. Vanguarda Européia e Modernismo Brasileiro. Petrópolis: Vozes, 1972.
- ANTONACCI, Maria Antonieta Martinez. *RS: as oposições e a revolução de 1923*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1981.
- BARBOSA, Ruy. A questão social e política no Brasil. *Revista do Brasil*, São Paulo, v. 10, n. 40, p. 381-241. abr. 1919.
- BARROS, Roque Spencer Maciel de. *A ilustração brasileira e a idéia de universidade*. São Paulo, Convívio/Edusp, 1986.
- BRITO BROCA. Coelho Neto, romancista. In: *Coelho Neto: obra seleta*. Rio de Janeiro: José Aguilar, 1958. p. 3-26.
- _____. De Catulo ao Jeca Tatu. In: _____. *Naturalistas, parnasianos e decadistas: vida literária do realismo ao pré-modernismo*. Campinas: Unicamp, 1991, p. 346-350.
- BRITO, Mário da Silva. *História do modernismo brasileiro: antecedentes da semana da arte moderna*. 5. ed. Rio de Janeiro : Civilização Brasileira, 1978.
- _____. Era modernista. In: Coutinho, Afrânio (org.) *A literatura no Brasil*. v. 5. São Paulo, Global, 1997. p. 4-42.
- CARONE, Edgard. *A República Velha: evolução política*. São Paulo: DIFEL, 1970.
- CARVALHO, José Murilo de. Brasil 1870-1914: a força da tradição. In: *Pontos e bordados*. Escritos da história e política. Belo Horizonte: Ed. da UFMG, 1999. p. 83-129.
- CARVALHO, Maria Alice Rezende de. República brasileira: viagem ao mesmo lugar. *Dados: Revista de Ciências Sociais*, Rio de Janeiro, v. 32, n. 3, 1989. p. 303-321.
- CUNHA, Euclides da. Da independência à República. Esboço político. In: _____.
CUNHA, Euclides da. *À margem da história*. 6. ed. Porto: Lello e Irmão, 1946. 1. ed. 1909. p. 213-309.
- D'ANDREA, Moema Selma. *A tradição re(des)coberta: o pensamento do Gilberto Freyre no contexto das manifestações culturais e/ou literárias nordestinas*. Campinas: Editora da Unicamp, 1992.
- HARDMAN, Francisco Foot. Antigos modernistas. In: NOVAES, Adauto (org.). *Tempo e História*. São Paulo: Companhia das Letras; Secretaria Municipal de Cultura, 1992. p. 289-305.
- LAJOLO, Marisa. Regionalismo e história da literatura: quem é o vilão da história? In: *Historiografia brasileira em perspectiva*. 2. ed. São Paulo: USF/ Editora Contexto. p. 297- 328 1998.
- LANDERS, Vasda Bonafini. De Jeca a Macunaíma. Monteiro Lobato e o modernismo. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1988.
- LEITE, Lígia Chiappini Moraes. *Modernismo no Rio Grande do Sul*. Materiais o seu estudo. São Paulo: IEB, 1972.

_____. Velha Praga? (regionalismo literário brasileiro). In: *América Latina: Palavra, Literatura e Cultura: a emancipação do discurso*, Ana Pizarro (Hrsg.), São Paulo, Memorial da América Latina, Unicamp, 1994. p. 665-702.

LOBATO, Monteiro (a). Urupês [1914]. In: *Urupês*. 27. ed. São Paulo: Brasiliense, 1982. 1. ed. 1918. p. 145-155.

_____. (b) Velha praga [1914]. In: *Urupês*. 27. ed. São Paulo: Brasiliense, 1982. 1. ed. 1918. p. 139-144.

_____. Problema Vital. In: _____. *Mr. Slang e O problema vital*. São Paulo: Brasiliense, 1946. p. 221-340. 1. ed. 1918.

LOVE, Joseph L. *O regionalismo gaúcho*. São Paulo: Perspectiva, 1975.

MARTINS, Cyro. Visão crítica do regionalismo. [1944] In: *Sem rumo*. Trilogia do gaúcho a pé 1. 6ª. ed. Porto Alegre: Movimento, 1997. p. 14-30.

MARTINS, Wilson. *A literatura brasileira: o modernismo (1916-1945)*. 3. ed. São Paulo: Cultrix, 1969.

_____. *História da inteligência brasileira*. v. VI. (1915-1933). São Paulo: Cultrix; Edusp, 1978.

MAYA, Alcides. *Ruínas vivas*. (Romance gaúcho). Porto: Lello & Irmão, 1910.

MEYER, Augusto. Alcides Maya. In: *Prosa dos pagos*. 1941-1959. Rio de Janeiro: São José, 1960. p. 113-141.

MORAES, Eduardo Jardim de. *A brasilidade modernista: sua dimensão filosófica*. Rio de Janeiro: Graal, 1978.

MURARI, Luciana. *Brasil, ficção geográfica: ciência e nacionalidade no país d'Os sertões*. São Paulo: Annablume, 2007.

_____. *Natureza e cultura no Brasil (1870-1922)*. São Paulo: Alameda Editorial; Fapesp, 2009 (no prelo.)

PAES, José Paulo. *Canaã e o ideário modernista*. São Paulo: Edusp, 1992.

PÉCAUT, Daniel. *Os intelectuais e a política no Brasil*. Entre o povo e a nação. São Paulo: Ática, 1990.

ROSA, João Guimarães. *Grande sertão: veredas*. 29. ed. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1986.

SEVCENKO, Nicolau. *Orfeu extático na metrópole*. São Paulo, sociedade e cultura nos frementes anos 20. São Paulo: Companhia das Letras, 1992.

THIESSE, Anne-Marie. *La modernisation du passé au XIX^e siècle*. Austin, 29 out. 2005. <http://www.utexas.edu/cola/insts/france-ut/archives/Fall2005/thiesse.pdf>. Acesso em 09/01/2009.

TORRES, Alberto. *A organização nacional: primeira parte – a constituição*. 3. ed. São Paulo: Nacional, 1978. 1. ed. 1914.

_____. *O problema nacional brasileiro: introdução a um programa de organização nacional*. 4. ed. São Paulo: Nacional; Brasília: Ed. Universidade de Brasília, 1982. 1. ed. 1914.

VELLINHO, Moysés. O papel da nova geração. In: CHAVES, Flávio Loureiro. (org.) *O ensaio literário no Rio Grande do Sul (1868-1960)*. Rio de Janeiro: Livros Técnicos e Científicos; Brasília: INL, 1979. p. 85-87.

VELLOSO, Monica Pimenta. O modernismo e a questão nacional. In: FERREIRA, Jorge; NEVES, Lucília de Almeida. (org.). *O Brasil Republicano*. v. 1. Rio de Janeiro: Civilização brasileira, 2003. p. 351-386.

VERÍSSIMO, José. *História da literatura brasileira*. De Bento Teixeira (1601) a Machado de Assis (1908). Brasília: UnB, 1981. 1. ed. 1916. p. 233-234.

VIANNA, Oliveira. Minas do lume e do pão. *Revista do Brasil*, São Paulo, n. 56, p. 289-300, 1920.

_____. *Populações meridionais do Brasil: história – organização – psicologia*. 5. ed. Rio de Janeiro: José Olympio, 1952, v. 1, 1. ed. 1920.